

ENTREVISTA

Pasión por la paz

(Entrevista con Johan Galtung)*

JOSÉ MARÍA TORTOSA

Johan Galtung, noruego de nacimiento, es profesor de Estudios de la Paz en la Universidad de Hawai (Estados Unidos) y en la de Witten/Herdecke (Alemania). Kenneth Boulding le llamó «el Picasso de las ciencias sociales» por el carácter innovador de sus aportaciones a campos tan diferentes que cubren desde la metodología a las ciencias de la información, pasando por el desarrollo, los estudios del futuro o los derechos humanos, siempre con un carácter interdisciplinar.

La entrevista, realizada por José M.^a Torto-

sa, pretende presentarle en su doble vertiente de intelectual y de persona comprometida con la solución de problemas políticos concretos. Esto último queda además reflejado en su reciente Fundación Transcent, una institución dirigida por él y dedicada a «la transformación creativa de los conflictos a través de medios pacíficos». Por su carácter precisamente introductorio es por lo que, en contra de la costumbre, la entrevista está hecha con preguntas que llevan referencias bibliográficas. El respeto hacia un autor lo es también hacia su obra.

J.M.T. Hay cuatro facetas de tu compleja personalidad, que por supuesto no la agotan, sobre las que me gustaría conversar contigo: la de analista político, la de político, la de investigador sobre la paz y la que, a falta de un nombre mejor, llamaré pacificador. Ya sé que no son buenas categorías, pero creo que pueden ser útiles para ordenar los temas que siempre quise saber y nunca me atreví a preguntar.

1. Analista político

J.M.T. Como analista político has publicado dos libros que pueden tener un particular interés para nuestros lectores en este número de la *Revista*, me refiero a los dedicados al Mercado Común, hoy Unión Europea.¹ ¿Cuál es tu postura en la actualidad sobre esos asuntos?

* Entrevista realizada con la colaboración de Mariano Aguirre en Benimaurell, Palacio Moreno Soler, verano de 1994. Transcripción de M.^a Jesús Rodríguez.

J.G. Es la misma postura que he tenido siempre: yo no creo en las superpotencias. Me parece que, tal vez, el mercado internacional no es tan peligroso, ya que hay muchas posibilidades para que la gente común se defienda. De hecho, estamos en una fase de la política y de la economía en la que la fuerza de los trabajadores está casi agotada y, en cambio, se percibe una fuerza inmensa en los consumidores. Por cierto, este cambio es uno de los temas fundamentales de mi libro sobre economía alternativa. Por otra parte, los gobiernos ya no pueden defender a sus ciudadanos y tienen que bajar los aranceles, participar en la Ronda Uruguay y todo eso. Pongamos el caso de Gilette en España: está claro que el gobierno no va a hacer mucho, pero existe siempre la posibilidad de hacer una huelga de compras. Lo que vamos a ver es cómo crece el poder de los consumidores. Pero ése no es mi argumento. El problema con la Unión Europea es que sea una superpotencia y, al respecto, la experiencia en la historia es muy clara con la posible excepción de China: cuanto más grandes son las superpotencias, más grandes son las guerras. Y yo veo la posibilidad de esas guerras. Esa era la tesis central de mi primer libro, *A superpower in the making*, y la sigo manteniendo. Ahora se la añade, además, la existencia del Euroejército, también en su vertiente mediterránea, asunto sobre el que, curiosamente, nada se discute.

* * *

J.M.T. A veces me he preguntado cuánto pesaban en tus planteamientos sobre la Unión Europea tus posiciones políticas en contra del ingreso de Noruega, tu país de nacimiento. Sinceramente, ¿qué fue antes: el análisis o tu rechazo al ingreso?

J.G. Mi postura frente a las superpotencias estaba ya definida con anterioridad a la cuestión del Mercado Común. Como investigador para la paz he visto cómo el fenómeno de las alianzas en realidad lleva a la guerra, no las evita, y aún más en el caso de las alianzas cristalizadas en forma de una superpotencia permanente. He podido ver las sucesivas peticiones de adhesión del gobierno noruego a este Mercado Común, ahora Unión Europea, y yo estoy en contra por dos razones concretas. Una, negativa, es que no quiero que mi país sea víctima de una guerra totalmente inútil y totalmente evitable como, por ejemplo, podría ser esa guerra ahora más posible que nunca entre la Europa católica y la Europa ortodoxa, con un elemento de la Europa musulmana; es decir, la extensión del conflicto yugoslavo a Europa que, para mí, es el peligro mayor.

La segunda razón es más positiva, y es que yo creo que hacen falta países independientes que puedan entrar en el conflicto entre los grandes con iniciativas originales cuando la situación está demasiado polarizada. El ejemplo de todo esto lo tuvimos en la política de Suecia, Austria y Suiza que, por cierto, también son europeas. En la época de la Guerra Fría la situación hubiera sido mucho peor si en estos países no hubiera habido iniciativas independientes.

Por lo que se refiere a Noruega, ahora se abre una posibilidad, una ventana: es cierto que la OTAN y los Estados Unidos cuentan mucho más, pero la Unión Europea todavía no ha cristalizado. Bien, pues hemos visto últimamente cómo se produce una ola de iniciativas del Ministerio de Asuntos Exteriores noruego exactamente del tipo que yo siempre he dicho que había que tener. Por ejemplo, en el caso Israel-Palestina, que es el más famoso, en Croacia, en Guatemala y en otros sitios. No voy a decir que

estoy totalmente de acuerdo con todo eso, pero es claro que las iniciativas existen y existen porque un pequeño Estado tiene esa posibilidad, esa ventana. Pero si Noruega desaparece dentro de la Unión Europea ya no tendrá libertad para hacer todo esto. Y aquí viene mi miedo a que se cree una superpotencia, compuesta, además, por nueve antiguas potencias coloniales.

* * *

J.M.T. Hay una cuestión implícita sobre la que me gustaría conocer tu opinión. Puede darse una contradicción entre el interés inmediato de un país por pertenecer a un determinado bloque comercial o super-estado (en ese sentido el bloque sería bueno para el país) y el carácter peligroso para la paz y la estabilidad mundial que puede tener ese bloque (en ese sentido el bloque sería malo para el mundo, aunque quizás no para el país). ¿Cómo ves este problema?

J.G. Yo creo que, en términos generales, tiene que ver con la cosmología del tiempo. En lo económico, los beneficios se presentan bajo la forma de un proceso lento. Podemos tener incrementos económicos con una cierta certeza. También puede haber incrementos negativos, pero nada que sea, digamos, traumático. En cambio una guerra es algo muy dramático y en la cosmología del tiempo es puntual. Y tiene probabilidad baja. Así que tenemos, por un lado, algunos incrementos positivos, con una probabilidad muy alta y, por otro, una catástrofe negativa con una probabilidad baja.

Llegados aquí se presentan dos factores. Número uno: como vivimos en un patriarcado y los hombres, en general, asumen más riesgo, entonces resulta que eso de «guerra» es casi un factor positivo, ya que incluye un elemento de riesgo. Y número dos: si un político ha tomado una decisión y ésta tiene una conexión relativamente fuerte con una guerra, puede decir que fue inevitable, que dependió de los otros. Pero si no se ha preparado para la guerra perderá su puesto inmediatamente. En cambio si él no está al tanto y hay un crecimiento económico en los países vecinos, perderá su puesto inmediatamente, con seguridad. En consecuencia, hay una mezcla de un riesgo un poco apetecible por un lado y por otro lado la necesidad que yo como político tengo de saber dónde está el riesgo más alto. Este riesgo no se da con la guerra, sino que está en no conseguir los beneficios económicos.

* * *

J.M.T. Entonces, ¿tú crees que desde el punto de vista de la clase política eso ha podido jugar tanto en el caso de España con la Unión Europea como en el de México con el Tratado de Libre Comercio (TLC)?

J.G. Sin duda. Es una clase política sumamente machista. No es casualidad que la palabra «macho» sea española y yo creo que la mentalidad está muy clara en este caso. Tenemos, a este respecto, una experiencia interesante en Noruega: la constitución de un comité sobre centrales nucleares. Es evidente que en éstas hay un riesgo pero que su probabilidad es baja. Pues bien, todas las mujeres estuvieron en contra y todos los hombres a favor, como si fuera un test de masculinidad. Por ello, si se quiere conseguir

un cierto resultado hay que lograr que la composición sexual del comité sea la apropiada para lo que se desea.

Es interesante que los dos ministerios que se han defendido más contra la penetración femenina y feminista sean el Ministerio de Asuntos Exteriores y el de Defensa. Eso es internacional, casi universal. El crecimiento del número de mujeres existe en todos los demás, pero no en esos dos. En esos están los hombres. No creo que haya muchas mujeres en puestos de poder en esos ministerios en México y en España.

* * *

J.M.T. ¿Qué piensas de las reacciones ante el TLC? ¿Tú crees que lo sucedido en Chiapas está relacionado de alguna forma con el Tratado? Se habló de «sincronización»...

J.G. Yo creo que el asunto del TLC es relativamente sencillo, muy clásico, totalmente marxista: es una alianza de dos burguesías contra los proletariados. La burguesía americana va a ganar al obtener mejores beneficios mediante la reducción de los costes de mano de obra. La burguesía mexicana va a ganar, porque va a tener más experiencia, más capital invertido y más tecnología. El proletariado norteamericano va a perder puestos de trabajo. Ahora está en una fase de transformación en la que un puesto de trabajo en el sector secundario es transformado en un puesto en el sector terciario, pero con un ingreso del 60 % aproximadamente. Son los *junk-jobs*, trabajos no cualificados. Los obreros mexicanos van a ganar algo: más cualificación y trabajo más interesante, pero no mucho más salario, porque si estuvieran mejor pagados toda la base desaparecería. La base del Acuerdo es el precio bajo de la mano de obra mexicana y su condición es la mano fuerte y dura de la burguesía, del PRI, como ya lo vimos claramente en 1968 y 1969. Y eso significa matanzas.

Para mí el TLC no hubiera sido posible diez años antes porque el marxismo y la conciencia de clase estaban mucho más presentes. Ahora, con el marxismo aparentemente muerto, hablar como lo acabo de hacer, que a mí me parece de sentido común, está casi prohibido en ambos países. La burguesía ha aprovechado la posibilidad y lo ha hecho bien, porque vino como una sorpresa.

Por lo que se refiere a la «sincronización» del 1 de enero, la interpretación es relativamente sencilla. Pienso que es una revolución maya: es el pueblo maya al norte de Guatemala y al sur de México. Se trata de voltear lo hecho por Colón y Cortés y, a largo plazo, de establecer un Estado independiente. Esto va a tener consecuencias muy importantes en los países andinos donde ya hay movimientos nacientes del mismo tipo, y por eso hay tanto nerviosismo al respecto.

El discurso que ha introducido el PRI es clásico, liberal y socialdemócrata: han dicho que se trata de una mejor distribución de tierras, más clínicas, más medicinas y más bienes fundamentales. Eso es excelente, pero no creo que toque el problema central. Yo he vivido un poco en esa región y he visto que hay un odio fundamental. La lucha de resistencia no es nada nuevo: existe desde hace quinientos años y si buscamos un poquito en la historia es increíble el número de revoluciones que se han producido.

En cuanto a la «sincronización», creo que sí que tiene que ver con el TLC. Me ha hecho recordar la situación de Tahití en junio de 1989. Estuve allí durante las elecciones

europeas. Como territorio dependiente de Francia tuvieron elecciones europeas. La participación fue de un 12,5 %, solamente blancos, que han votado sobre todo por Le Pen, pero también por los socialistas. Le Pen ha hecho su campaña electoral exponiendo por qué Tahití es tan importante y por qué hay que mantenerlo: primero, por razones nucleares (por las pruebas atómicas) y, segundo, para que, en el caso de que se produzca la tercera guerra mundial, Francia pueda retirarse a Tahití y desde Tahití liberar el mundo de nuevo. Pero los polinesios dijeron que ése no era su problema. Que su problema era su país, al que quieren mucho. Además que con Francia tenían un dueño y con el Mercado Común iban a tener doce dueños.

Yo creo que para la gente del pueblo maya el TLC les supone tener tres dueños y que esté mucho menos claro dónde está el centro del poder: ¿está en México DF, en Ottawa, en Washington? ¿es una mezcla? ¿es algo móvil? Yo creo que hubo una sincronización, que no fue por casualidad, y que ellos entendieron muy bien la situación.

* * *

J.M.T. Volvamos a España. Tu postura sobre el ingreso en el Mercado Común está publicada,² pero ¿cómo ves tú ahora su situación dentro de la Unión Europea?

J.G. Lo que yo observo es el entusiasmo de ser europeo. «Pertecemos a Europa» es un eslogan que guarda relación con Franco: la necesidad de estar en Europa. Eso lo puedo entender: es casi una necesidad psicológica. Pero desde el punto de vista económico yo creo que España ha perdido muchísimo. España depende ahora mucho más que antes del turismo y de la asistencia técnica, de los fondos de la Unión Europea, y España está dispuesta a lo que haga falta por conseguir esos fondos. Un ejemplo, sin ir más lejos, fue el voto en la noche del 14-15 de diciembre sobre Yugoslavia, asunto sobre el que no creo que el Palacio de la Moncloa sepa mucho. Hoy día el turismo anda bien, pero por razones externas: es evidente que España se beneficia de que Yugoslavia no funcione, Turquía no funcione, Argelia no funcione, Egipto no funcione, cuatro países vecinos. Entonces nos mandan aquí el turismo que no puede ir allí. El turismo viene aquí, a Benidorm, pero eso no es una base sólida para una economía. La economía de España ahora mismo la veo más que nunca como la de un país del Tercer Mundo. Relativamente rico, eso sí, pero con una tasa de desempleo propia de un país del Tercer Mundo. Es la peor de la Unión Europea, con un 25 % o con un 40 % de jóvenes que no ven la oportunidad de tener empleo. Son asuntos muy serios. Sin embargo, de lo que siempre se está hablando es de competitividad y todas esas cosas.

* * *

J.M.T. Hay un elemento común en los dos países —y no sólo a ellos sino a muchos otros más— que es el de la corrupción. ¿A qué crees que se debe esta multiplicación de escándalos, la difusión de la «mordida», el descrédito de la clase política en ambos países?

J.G. Ése es mi trabajo para la «cumbre social» de Copenhague. Yo creo que se trata de una estructura social que está casi desapareciendo y que tenemos mónadas en vez de

tener individuos que se relacionan entre sí. Hemos hecho una trayectoria del nomadismo al monadismo y ahora estamos, más o menos, al final. A veces me he referido a ese desierto de los Ángeles en el que los nuevos nómadas hacen sus conquistas. Estos nómadas, los nuevos nómadas, tienen una lógica muy sencilla que es la lógica fundamental de la civilización moderna, es decir, el análisis coste-beneficio. Esto significa dos cosas: número uno, que el elemento que calcula es el individuo, no es la clase, la familia ni el pueblo. Es el individuo suelto. Y, número dos, que no hay valores absolutos, porque con valores absolutos no puede hacerse el cálculo de utilidades con probabilidades. Por ello la corrupción es sólo un problema de probabilidad de ser descubierto. Si la probabilidad de ser descubierto es sumamente baja y la utilidad de hacerlo es altísima, el resultado es claro. Ocurre lo mismo que con la violencia que genera violencia: cuanta más corrupción hay, menos posibilidades hay de ser descubierto, porque la policía también se corrompe, y más corrupción se produce.

Si puedo echar la culpa a algo, es al economicismo, al utilitarismo y a la falta casi total de valores absolutos, no solamente en España y en México, sino prácticamente en todo el mundo.

* * *

J.M.T. También has trabajado en visiones de sociedades deseables,³ ¿cómo sería para ti la sociedad mexicana y española deseable?

J.G. O la sociedad humana deseable, porque los mexicanos y los españoles no son tan distintos del ser humano en general. Cada año que pasa soy más modesto en mis posiciones y tal vez son dos los principios para las sociedades humanas deseables en los que yo creo mucho. Primero, unidades relativamente pequeñas, del tipo de un pueblo bien integrado. Eso, para mí, tiene su justificación en el análisis del ser humano como ser hecho para las relaciones estrechas. Cuando hablamos de identidad usamos una palabra muy occidental: es monádico, es el ser humano solo con un tipo de compás. Eso es importante. Pero no menos importante es pertenecer. Y la pertenencia tiene que ver con relaciones humanas estrechas, y aquí tenemos los ejemplos clásicos: la familia, extensa y nuclear, los amigos, los vecinos, los colegas en el trabajo y, si somos religiosos, aquellos con los que nos aproximamos a Dios. Lo que yo veo ahora es que todas estas relaciones desaparecen y por ello estamos cada vez más desnudos.

Segundo, «small is beautiful but some big is necessary». Porque estas relaciones estrechas a veces son demasiado estrechas y hay que liberarse, encontrar el equilibrio entre las relaciones alfa y beta. Mi visión, que no es muy original, consiste en pueblos o ciudades muy pequeñas, de 5.000 o 10.000 habitantes, pero no mucho más. Así podemos poner servicios, con una red eficiente de transporte, caminos, «communication superhighways» e «information superhighways», siempre que no sean un «des-information superhighways» y de peaje, que es lo que van a ser.

Tercero, es algo que tiene que ver con la religión. A mí me impresiona muchísimo la matanza general que se está produciendo en el mundo de hoy día. No solamente las guerras internas, sino las matanzas en las calles y, en muchos países, por razones nimias, en que las irritaciones y frustraciones se resuelven con una pistola. La idea de que en la vida hay algo sagrado está desapareciendo. Hay que hacer algo al respecto, aunque

no sé exactamente qué. No creo que se puedan resucitar las religiones viejas tal como estaban. Lo que pienso es en un tipo de Internacional de las religiones suaves o de sus aspectos suaves. Porque no creo en un dios que administra castigos, sino que hay que resucitar a Francesco di Assisi, a Gandhi... (En este punto hay que añadir que el secularismo bajo el nombre de humanismo no ha cumplido su papel. Y lo digo siendo miembro de este tipo de movimiento. En cierto tipo de esos movimientos es indispensable no creer en un ser superior, pero eso lo veo negativo.) Cómo hacerlo, no lo sé. Pero algo hay que hacer.

2. Político

J.M.T. A mí me parece —y dime si me equivoco— que para entenderte como analista político y como político hay que introducir a Gandhi en la discusión, ¿no?

J.G. Absolutamente sí. Para mí la importancia de Gandhi es la de tener respuestas a estas preguntas importantes. Y tal vez yo resaltaría tres cosas esenciales. Primero, su postura en contra de la violencia directa y de la violencia estructural. En la filosofía occidental hay gente que está en contra de la violencia directa pero permite la estructural y se llaman liberales, y hay otros que rechazan la violencia estructural pero permiten la violencia directa y se llaman marxistas. Segundo, su visión del modo en que la violencia termina en las ciudades pequeñas y con este tipo de religión. De todas formas yo no quisiera vivir en esa sociedad porque el campo de relación es demasiado estrecho. Y, tercero, que hay que tener una visión pragmática. Gandhi es una mezcla de santo y político, y su trabajo político es sumamente astuto. La acción política se combina con toda esta filosofía, a diferencia del mundo occidental y oriental, donde tenemos toneladas de filósofos con muchos pensamientos pero sin esa visión y acción políticas.

* * *

J.M.T. También tienes, que yo sepa, un par de libros sobre el Mahatma. El primero, por estar en noruego, no lo he leído, pero quizás sea el fundamental para entender tu pensamiento. Me refiero al que escribiste con Arne Naess.⁴ ¿Cómo ves este temprano libro ahora?

J.G. En su versión inglesa incluye un sistema de normas de forma más expansiva, con 53 normas, mientras que en el original hay 25. Lo que hicimos Arne Naess y yo fue sistematizar, y una crítica que recibimos fue que habíamos sistematizado tanto que el espíritu de Gandhi había desaparecido en aquel tipo de atomismo que practicamos entonces. Algo hay de eso. Pero, para mí, el atomismo cartesiano y el espiritualismo oriental no se excluyen mutuamente. Es posible utilizar ambos caminos y aquel libro era un tipo de programa para mi vida: lo importante es resolver los conflictos por ti mismo y sin violencia, con un cierto optimismo: siempre hay alternativas.

* * *

J.M.T. Ese segundo libro, en inglés, sobre Gandhi, tiene como título *El camino es el fin: Gandhi hoy*.⁵ ¿Cómo ves a Gandhi hoy? ¿Tiene algo que decir la filosofía gandhiana en Chiapas, en Marinalda, en el País Vasco?

J.G. Creo que si los mayas en México lo hubieran hecho con no-violencia, si los palestinos hubieran utilizado la Intifada en sus primeros días, y si los kurdos usaran menos las bandoleras, habrían ganado. Ciertamente que también con sacrificio, pero eso no mata a las personas, y el mensaje a las terceras partes es muy claro. Para mí el ejemplo es el fin de la Guerra Fría: todos dicen que es un milagro que haya terminado sin violencia, pero en Alemania oriental utilizaron un viejo método, exactamente de la ideología de Gandhi: la emigración, señal de que en esa sociedad no se quiere vivir. Hubo una protesta no-violenta de Polonia, una protesta fantástica en la noche del 9 de octubre de 1989, y un mes después cayó el Muro. ¿Por qué no lo vemos como respuesta no-violenta? Pues porque no había un Gandhi diciendo: «mira, mundo, estamos haciendo no-violencia». Y como el mundo en general está tan ciego, no pueden entenderlo si alguien no se lo dice. Si no han utilizado la violencia es, sobre todo, porque tenían contactos muy estrechos con el movimiento pacifista de Alemania occidental y siempre les hemos aconsejado que no optaran por la violencia, porque iban a despertar toda la agresividad de la policía secreta. Eso, en lo que se refiere a Gandhi, es la violencia del hombre fuerte que no cree en la violencia. Es una meta.

* * *

J.M.T. Eso quiere decir, si entiendo bien, que tu conexión con los movimientos verdes tiene un componente gandhiano.

J.G. Claro que sí. Para mi colega Petra Kelly, que falleció en circunstancias muy tristes, eso era fundamental, y todavía hay elementos de la filosofía gandhiana en el movimiento verde.

* * *

J.M.T. ¿Cómo fueron tus experiencias como candidato por el Partido de los Verdes en Noruega?

J.G. Una experiencia interesantísima. Naturalmente yo tenía muchísimo miedo a ganar, porque yo no me veía a mí mismo en un parlamento. Pero el sistema noruego es diferente, menos personalista. Los candidatos trabajan para el partido; el número 1 de la lista sale y lo decide el partido, pero el número 32 también trabaja para el partido y yo calculé mi puesto para trabajar sin salir elegido. Lo que me ha impresionado muchísimo en las sucesivas reuniones políticas de la campaña es el nivel de conocimiento que tiene el pueblo. No creen en la propaganda ni son tan tontos como piensan los políticos y medios de comunicación, sino que ven inmediatamente las mentiras. Y si no vas bien preparado, no tienes mucha «chance».

Lo fundamental en estas reuniones eran los debates: hablábamos no más de treinta minutos y después dos horas de debate y evitando que los debates fueran del tipo de las

«ruedas de prensa», con preguntas y respuestas. Yo salí de esta experiencia con buen gusto de boca. Tal vez sí la repetiría, como lo he hecho en Suecia en el Partido Verde, en el congreso nacional. No me veo fuera de la política en este sentido.

* * *

J.M.T. Tu búsqueda de alternativas puede decirse que ha sido sistemática.⁶ ¿Crees que la filosofía política verde —si es que hay tal cosa— puede llegar a ofrecer una alternativa de gobierno, digamos en México o en España?

J.G. Me parece que todavía no. Falta un proceso de maduración. Alguien ha dicho que «se llaman verdes porque no están muy maduros». Hay que tener una visión un poco más clara. De momento, en Europa tenemos partidos verdes en los parlamentos incluso en Francia, y eso es un logro fantástico. Si haces una comparación en la historia con los partidos laboristas, socialdemócratas, socialistas, comunistas, etc., los verdes han tenido un desarrollo más rápido que los partidos que ahora tienen cien o ciento cuarenta años de edad.

Hay dos tipos de verdes, los ecologistas y los más holísticos. Este tipo de conflicto dentro del partido es fundamental. Los ecologistas tienen aspectos positivos, pero al ecologismo puro hay que añadirle algunos elementos más: no-violencia, comunidades básicas, más estrechas, derechos humanos y solidaridad con la gente de abajo en todo el mundo, solidaridad global.

En este punto, quisiera llamar la atención sobre algunos aspectos del socialismo que son aceptables para los partidos verdes. Primero, que el sector público, grande o pequeño, sea honesto y decente, que trabaje bien, que los burócratas se vean como seres humanos normales. En eso hemos progresado mucho y ya puede entrarse en una burocracia sin ser insultado. Segundo, el espacio público, tal como lo han hecho los franceses. Que las plazas sean limpias y estén a disposición de la gente común. Tercero, elementos del estado de bienestar. Los verdes pueden resolver el problema, el equilibrio entre ese algo que viene de arriba, como una red de seguridad, y lo que está dentro de los pueblos. Resolverlo es un problema de no-violencia. Cuarto, en lo que respecta a la tendencia del socialismo clásico a tener empresas estatales, yo estoy con los conservadores: en contra. Veo su necesidad en otras etapas de la historia, pero hoy carecen de sentido porque la sociedad ofrece otras posibilidades. Quinto, evitar la desigualdad. No basta el punto de la igualdad, pero sí un cierto control. Por último, controlar la economía local. Para mí el control último está en el individuo y en la posibilidad de discutir lo que se va a comprar.

* * *

J.M.T. No sé si este asunto es pertinente aquí, pero tú has sido nominado al Premio Nobel de la Paz y, de momento, ya has recibido el Premio Nobel de la Paz Alternativo y el Premio Gandhi. Quizás de estos últimos no se sepa mucho, así que quizás valdría la pena que los comentaras y valoraras.

J.G. El Premio Nobel de la Paz es para políticos, lo otorga el sistema estatal para él mismo. Hay algunas excepciones, como grandes movimientos como la Cruz Roja o

movimientos pacifistas, pero son, más bien, los oficiales. El Premio Alternativo es de la sociedad civil para la sociedad civil, lo otorga la sociedad civil a la sociedad civil. Yo estoy sumamente contento con el premio que he recibido, el Premio Alternativo. (Nosotros llamamos al otro premio, el premio ordinario.)

El premio Gandhi es por el trabajo realizado en el espíritu de Gandhi y se concede a un extranjero cada año, como Ariyaratne en Sri Lanka, Danilo Dolci, etc. En mi caso fue por trabajar cuarenta años sistemáticamente en conflictos alrededor del mundo siempre con ideas alternativas, no-violentas. En el espíritu de Gandhi. No-violencia con optimismo. Y quisiera añadir algo sobre Gandhi: que también tenía una perspectiva a largo plazo: si tú quieres conseguir algo, hay que esperar un poco para ver los resultados.

3. Investigador sobre la paz

J.M.T. Mi primer contacto con tu obra fue, como estudiante, a través de la metodología⁷ y, el más intenso, al traducir uno de tus libros.⁸ Sólo con esos dos puntos de referencia, tu evolución es evidente, ¿no?

J.G. La respuesta es sí y no. Hay una enorme diferencia entre *Erklären* [explicar] y *Verstehen* [entender]. Por un lado, está la metodología del primer libro al que te refieres, una metodología desde fuera, basada en la estadística y la matemática, que sirve para ver las apariencias. Y yo no rechazo eso, sino que lo encuentro muy útil. Mi formación primera fue en estadística y matemáticas, así que fue natural que empezara por ahí. Pero he ido viendo que para entender fenómenos como el hitlerismo, el estalinismo o el reaganismo no es suficiente hacer un estudio sobre las características de los miembros o simpatizantes de los diferentes movimientos políticos. Y ahí entra el *Verstehen*, la comprensión. De modo que aquí estoy casi en el otro extremo, con el estudio de la cultura de base, la cultura profunda, la cosmología y el alma de los pueblos, que para mí tiene mucho sentido.

Esos dos métodos de trabajo no se excluyen mutuamente. Se puede hacer un análisis de contenido de los discursos de Hitler, Stalin y Reagan, no sólo contando las palabras, sino analizando los contextos, la retórica. Pero hay algo que tiene que ver con la edad del investigador: la matemática es buena para los jóvenes, está bien haberlo hecho, pero más tarde hay algo que tiene que ver con *Verstehen*, que corresponde a tu alma, tú lo ves y sabes que está ahí. Es un proceso difícil de describir.

* * *

J.M.T. Supongo que algunos investigadores del futuro seguirán las huellas de algunos del presente que he conocido, a la hora de buscar razones y motivos de esas y otras evoluciones, más o menos aparentes, en tu obra. ¿Qué es lo que te mueve a cambiar —si es que hay cambio, claro—: una cierta lógica de tu propio pensamiento o la confrontación con los problemas reales e inmediatos?, o ¿hay otros motores del cambio?

J.G. Casi nunca libros que he leído, pero sí la confrontación con la realidad, ver fenómenos en el mundo cotidiano. Pongamos el caso del mundo después de la Guerra Fría.

Cualquier investigador de geopolítica tiene ahora el problema de cómo explicarlo. Yo creo que mi diferencia con otros es que yo empecé antes: ya en enero de 1990 en mi primer discurso en el Parlamento Europeo dije que íbamos a entrar en una situación más difícil, más peligrosa que nunca. Estaba el vicesecretario general de la OTAN y nosotros éramos cuatro expertos, el embajador norteamericano y el soviético. Y aquél, con rabia, me lo negó: «Ahora, por fin, estamos en la paz». Después, en el restaurante, se me dijo que yo no era un hombre de la paz. Ya se ha visto quién tenía razón. Quizás es que tengo una cierta sensibilidad hacia lo que pasa en el mundo.

Hay también argumentos negativos, del tipo de Kuhn: trabajas con un esquema hasta que se agota o te cansas. Por ejemplo el desequilibrio de rangos es algo que me interesó mucho en los años sesenta. Hice un montón de investigaciones sobre ello. Pero se me agotó.

En cuanto al estructuralismo, noté que falta la cultura, el contenido, el *ethos*, el alma. En los últimos veinticinco años me dedico más a la cultura, un asunto relativamente grande con multitud de temas interesantes. Sin ir más lejos, el de conectar el análisis estructural con el cultural, saltar de un paradigma a otro.

* * *

J.M.T. He visto a algunos estudiantes «sufrir» con tus trabajos a la hora de redactar sus tesis doctorales o disertaciones. No sólo está la complejidad que muestran los volúmenes de *Essays in Peace Research*,⁹ sino también tu increíble creatividad y productividad: calculan que habrás escrito más de un millar de obras entre libros y artículos.¹⁰ Creo que valdría la pena intentar ayudarles. Por ejemplo: ¿qué consejo le darías al estudiante que fuera a abordar tu obra?, ¿por dónde debe comenzar?

J.G. Hay algunas tesis de ese tipo ahora y hacen la disección y dicen que Galtung ha tenido cuatro o cinco fases. Yo las leo siempre con interés y saco la conclusión de que es muy difícil entender el proceso porque a mí me dan mucha más racionalidad de la que es el caso en la realidad. Pesaron más los encuentros con situaciones interesantes.

Francamente, no lo sé. Pero es que creo yo, espero yo, que ahora vengan los libros más importantes. ¿Por qué no olvidar todos los otros? En los próximos años se publicarán los libros más importantes integrando todo lo anterior. Preparo, principalmente, dos libros. Uno es *Estudios sobre la paz. Paz, conflicto, desarrollo y civilización*, y la definición de paz que tengo ahora es «la situación en la que los conflictos pueden ser transformados no-violentamente». Es una definición más dinámica que la vieja definición de «ausencia de violencia». La paz es una situación que permite transformar los conflictos, no resolverlos. Los conflictos nunca se resuelven, sino que se transforman. Mi otro libro es una teoría de la paz, una teoría del conflicto, una teoría del desarrollo y una teoría de la civilización.

* * *

J.M.T. Un punto que suele dar mucho juego en los trabajos académicos es la búsqueda de antecedentes. ¿Quiénes son los autores que te han influido más, además de Gandhi, y que es imprescindible conocer para entenderte?

J.G. Adam Smith, Karl Marx, Sorokin. En general (es esa pequeña obra que tú conoces),¹¹ los macrohistoriadores: Ibn Khaldun, Toynbee, Weber. Es ese grupo. Son magníficos, indispensables, grandes pensadores, pero no hay que creerse todo lo que dicen. Gandhi es distinto de todos ellos porque Gandhi lo puso en práctica. Marx no lo hizo. Trabajó en las organizaciones, pero nunca fue, por ejemplo, ministro de Hacienda. Adam Smith, lo mismo. Ibn Khaldun sí, pero su práctica fue muy problemática, muy negativa.

* * *

J.M.T. Vienes trabajando desde hace mucho tiempo en la teoría de las civilizaciones y lo que tú llamas cosmologías:¹² ¿qué te une y qué te separa de las ideas de Huntington sobre el «choque de civilizaciones»?

J.G. Estoy de acuerdo con Huntington en una cosa, en que la cultura es importante, pero en desacuerdo con él en varios puntos. Número uno, para él siempre son problemáticas las demás civilizaciones, no la suya. Para mí, en cambio, todas son problemáticas. Es algo ajeno a la ciencia: si tú no puedes ver tu sistema desde fuera, no eres científico. Eso es típico de la Universidad de Harvard, abanderada del optimismo americano, y de su sistema de criticar y caracterizar a los demás. Por ejemplo, esa idea que ha tenido de que la religión shíi es fundamentalista es un método para no entender el imperialismo yanqui. Número dos, cuando él dice «choque de civilizaciones» ha desaparecido totalmente la economía, todos los trucos de servicios secretos, todas las manipulaciones políticas, todo el fundamental desequilibrio militar del mundo y sólo hay cultura. Es un tipo de reduccionismo que no puedo tolerar. Toma el título de mi libro: paz, conflicto, economía y civilización. No civilización solamente. Y número tres, Huntington cree en una alianza entre los confucianos y los musulmanes. La cuestión no es con los confucianos. Eso no lo ha entendido. La cuestión es la combinación de budismo y confucianismo. Comete el mismo error que Weber. Pero es que, además, esa alianza nadie la ha visto, y parece que para él era una necesidad intelectual para justificar la existencia de un enemigo fuerte. Con esta alianza, de hecho, tenemos un mundo relativamente bien dividido en dos bloques.

En mi análisis de la cultura hay tres elementos de los que se deriva esta actitud: la dicotomía, el maniqueísmo y el Armagedón. Uno, la dicotomía. Consiste en dividir las cosas en dos: por un lado los cristianos (y él, como hebreo, dice judeo-cristianos) y, por otro, los demás, sobre todo los musulmanes. Dos, el maniqueísmo: que son los otros los que están manipulando para tomar el poder. Y, tres, la idea de que va a venir la batalla final. Con ello se convierte en el preferido por el Pentágono para salvar el presupuesto, ya que les ha construido un enemigo suficientemente claro. En esto yo veo al mismo Huntington que en la Guerra Fría: el comunismo del Vietnam sin entender nada de un pueblo que quería tener su propio Estado y que ahora lo tiene. Y ahora veremos al Vietnam como uno de los países más importantes en crecimiento económico. Trabajan muchísimo. Samuel Huntington también, pero ellos diez veces más. Veremos.

* * *

J.M.T. En el *Journal of Peace Research* se publicó hace poco la lista de los artículos más citados en la revista entre 1964 y 1992.¹³ Entre los 18 primeros tú aparecías en 6 ocasiones y, lo que es más, los 4 primeros eran tuyos. «A Structural Theory of Imperialism» había sido citado 367 veces, «Violence, Peace and Peace Research», 97, «A Structural Theory of Aggression», 71, y «The Structure of Foreign News», que escribiste con Mari Holmboe Ruge, 59 veces. Los otros artículos tuyos eran, ya a distancia, «Foreign Policy Opinion as a Function of Social Position», que estaba en decimotercer lugar con 27 citas, y «A Structural Theory of Integration», en decimoséptimo con 25. La primera pregunta que se me ocurre es si tú crees que ese orden se corresponde con el de su importancia para entender tu posición o con el de la importancia de tu aportación.

J.G. Yo creo que mi trabajo sobre cosmología es mucho más importante y que en unos pocos años se verá así. Pero el caso es que lanzamos el *Journal of Peace Research*, he trabajado en estos campos y he publicado allí. No es necesariamente que estos artículos merezcan ser citados, pero había una gran curiosidad por saber qué es *Peace Research* y por eso lo han leído. El artículo sobre la teoría estructural del imperialismo tenía como ventaja su estructuralismo, un estructuralismo holístico, con muchos factores. Y yo tenía la ventaja de explicar no sólo el imperialismo capitalista, sino también el comunista, como hice en una conferencia en Moscú en 1970 en la que utilicé un lado de la pizarra para describir la teoría del imperialismo capitalista. Ellos, entusiastas: no sabían lo que iba a suceder a continuación. Y, entonces, en forma paralela, describí lo mismo para el Partido Comunista. Silencio total. Así pues, el artículo fue el artículo correcto en el momento correcto y esto era importante. Pero en mi obra total, la cosmología es más importante.

Yo empecé como sociólogo, politólogo, etc., y en los últimos años he trabajado en economía alternativa, cosmología, etc. Ése es uno de los campos. Y, por ejemplo, la mayoría de los politólogos no saben nada sobre teología. Saben algo sobre Weber y se creen lo que dice porque no saben teología. A mí me han invitado teólogos, historiadores. Estoy en otros campos. Por eso es casi imposible saber dónde estoy. Yo mismo tengo problemas para saberlo, pero no tengo la necesidad de tener una respuesta.

4. Aplicaciones a la búsqueda de la paz

J.M.T. Llegamos, en este esquema de 2×2 (teoría-práctica/política-paz), al último capítulo, el de tu participación práctica en procesos de paz, tu trabajo en la búsqueda empírica de la paz. ¿En qué casos se ha producido?

J.G. Una pequeña experiencia, pero muy importante para mí, fue en los Estados Unidos del sur, en 1958-60, en una pequeña ciudad llamada Charlottesville, donde está la universidad de Virginia. Como profesor asistente de sociología en Columbia estuve allí durante doce meses, hice dos mil entrevistas para un libro que quería publicar y vi que la ciudad estaba dividida, a un lado, por los segregacionistas con una ala muy violenta del Ku-Klux-Klan y, al otro lado, por los integracionistas, sobre todo gente de fuera. En medio, una gran mayoría esperando a ver qué pasaba. Mi experiencia fue que yo, muy desde fuera, sabía más sobre la situación que ellos. Cada bando me preguntaba cómo les veían desde el otro bando y si habría violencia. Después de un año me di cuenta de que,

más importante que publicar el libro, era participar en el conflicto, y descubrí que uno de fuera puede explicar el conflicto y ayudar a encontrar caminos no-violentos. Al final recibí una carta muy linda agradeciéndome mi trabajo. Este fue un empeño, más que intelectual, de clarificar el conflicto y desmitificar a los otros que no son satánicos, sino seres humanos que ven las cosas desde una determinada perspectiva. No he escrito nada sobre ello. Tengo los datos. Están en una casa en Virginia. Quizás escriba algo cuando tenga 99 años.

He participado en doce conflictos, el más importante sería la Guerra Fría, y el esquema diagnóstico, prognosis, terapia, ha sido útil, aunque no es original. El diagnóstico de la Guerra Fría fue la polarización-escalada, y no el núcleo del conflicto, porque yo creo que la Guerra Fría se basaba en dos malentendidos: el malentendido de la parte occidental que creía que los otros preparaban un ataque (cosa para la que no hay ninguna evidencia) y, de la parte socialista, al creer, el estalinismo sobre todo, que la decadencia capitalista era inminente, quedaba intelectualmente encarcelada en una visión falsa. ¿La prognosis? Una guerra nuclear. Y la terapia, contactos, el diálogo entre superpotencias, ver su propio sistema como imperialista y optar por la sociedad civil, la no-violencia.

En 1967 yo propuse una comisión permanente de diálogo sobre problemas de conflicto, una «Security Commission for Europe» que ha tenido un cierto éxito. Fue fundamental para el entendimiento de Checoslovaquia con la URSS y ha jugado un cierto papel en el Tratado de París. Entre 1967 y 1990 han pasado 23 años. Creo que yo sembré una semilla y hace sólo tres años he sabido por un diplomático checo que yo jugué un papel relativamente importante. Ahora estoy con Yugoslavia, Sri Lanka, Kurdistán, los movimientos de independencia en Hawaii y con Corea y los Estados Unidos.

* * *

J.M.T. Diagnóstico, pronóstico, tratamiento, ¿hay reglas para eso?

J.G. Sí, hay dos estrategias fundamentales: número uno, como mediador entre dos partes, que es lo que yo he hecho para el Kurdistán y, número dos, trabajar con las dos partes y tratar de convencerles de que hay medios menos violentos. En mi experiencia, observo que siempre hay algo totalmente racional en las metas que tienen, pero que en el calor del conflicto lo racional desaparece y viene la agresividad, la satanización. Ambas estrategias no se excluyen mutuamente, pero los diplomáticos van inmediatamente a la primera, a establecer relaciones. Pero eso no es suficiente. Hay dos métodos. Número uno, es tener respeto por las dos partes en conflicto. Cuando el conflicto se acalora, enloquecen. Pero dentro de esa locura hay algo muy humano. Por eso hay que hacer que ellos encuentren sus soluciones. Y de nada sirve bombardearles para la paz o corromperles con dinero. Y número dos: el que viene de fuera se ve como alguien que facilita, no alguien que sale necesariamente en la prensa. Yo quisiera que hubiera muchísimas personas en el mundo que supieran cómo hacerlo.

* * *

J.M.T. ¿Qué lecciones pueden sacarse de esa experiencia y cómo la relacionas con la evolución de la investigación sobre la paz y de los estudios estratégicos?

J.G. Los estudios estratégicos están aprendiendo que los conflictos son más complicados y menos racionales. Espero que puedan salir de la trampa de la teoría de juegos (es una trampa porque es demasiado racionalista). La cosmología y la cultura son fundamentales. La palabra juego es falsa.

La investigación para la paz también evoluciona, ve la cultura como fundamental y sale de la trampa de la Guerra Fría. Siempre se ha hablado de dos partes en conflicto y sin embargo eran tres: el Tercer Mundo, el mundo de los no-alineados ha tenido su rol. La Guerra Fría era un conflicto militar. La economía tenía un cierto papel, pero dentro de la misma civilización. Todo eso influyó algo en la deformación de la investigación para la paz. De ahí las perplejidades ante la Guerra del Golfo. Pero ahora se está recuperando: conflictos más complicados, más partes, más temas, más economía, más cultura. Todo al mismo tiempo. Y ahí yo veo como muy importante la entrada de las mujeres, sobre todo en Alemania.

* * *

J.M.T. Pregunta obligada y conclusiva: ¿tiene futuro la paz?

J.G. Es el mismo problema que se pregunta sobre la salud. No vamos a entrar en un siglo sin violencia, sino que siempre vamos a tener problemas y problemas nuevos. Yo no creo que un médico vaya a abandonar su profesión porque haya una enfermedad que se llama SIDA y que ha sido una sorpresa para él. Al mismo tiempo, hay que seguir adelante. Hay que hacer el trabajo y hacerlo bien. El pesimismo es demasiado barato. Abandonar la escena porque el mundo nos ha traicionado, es un síntoma de niñez. «La lotta continua»... pero en una forma no-violenta.

NOTAS

1. *The European Community: a superpower in the making*, Oslo, Norwegian Universities Press, 1973, y *Europe in the making*, Nueva York, Crane Russak / Londres, Taylor and Francis Inc., 1989. En español: «Europa Occidental: de la Confederación a la Federación», en B. Oltra (ed.), Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, 1993, pp. 23-48.

2. «Sociedad, política e integración occidental: ¿Modernización, dependencia o ambas?», en B. Oltra (coord.), *Dibujo de España*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987, pp. 137-156.

3. Con Eleonora Massini (ed.), *Visiones de sociedades deseables*, México, Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, 1979.

4. *Gandhis politiske etikk*, Oslo, Tanum, 1955. En noruego.

5. *The Way is the Goal: Gandhi Today*, Ahmedabad, Gujarat Vidyapith, 1992.

6. *¡Hay alternativas!*, Madrid, Tecnos, 1984.

7. *Teoría y método de la investigación social*, Buenos Aires, Ed. Universitaria de Buenos Aires, 2 vols., 1966.

8. *Hitlerismo, estalinismo y reaganismo. Tres variaciones sobre un tema de Orwell*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985.

9. Publicados en Copenhague por la editorial Christian Ejlertsen junto a tres volúmenes de metodología.

10. International Peace Research Institute, Oslo (PRIO), *Johan Galtung. Bibliography. 1951-1990*, Peace Research Monograph n.º 22, Oslo, 1990. Se citan 950 publicaciones.

11. VV.AA., *Macrohistory and Macrohistorians*, J. Galtung y S. Inayatullah (eds.), próximo.
12. Por ejemplo: «On Western Social Cosmology», en A. Mercier (ed.), *Umwelt und Mensch*, Berna, Peter Lang, 1978, pp. 167-182; «Western Civilization: Anatomy and Patology», *Alternatives*, VII (1981), pp. 145-169, cuyo título original había sido «Five Cosmologies: Civilization Interaction», en R. Väyrynen, D. Senghaas y Ch. Schmidt (eds.), *The Quest for Peace. Transcending Collective Violence and War among Societies, Cultures and States*, Londres, Sage Publications, 1987, pp. 30-347.
13. Nils Petter Gleditsch, «The Most-Cited Articles in JPR», *Journal of Peace Research*, XXX, 4 (1993), pp. 445-450.